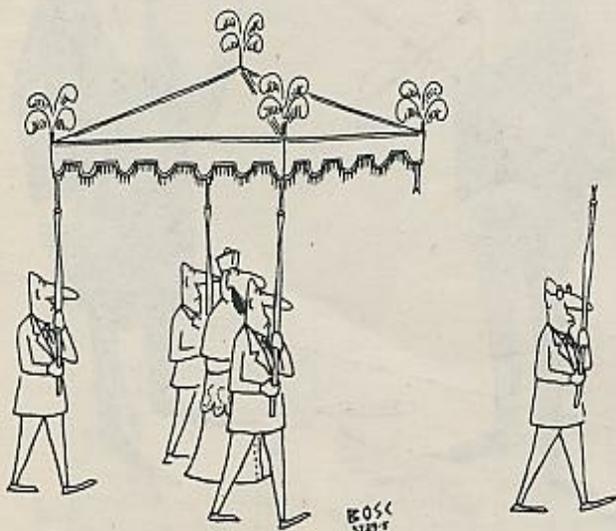
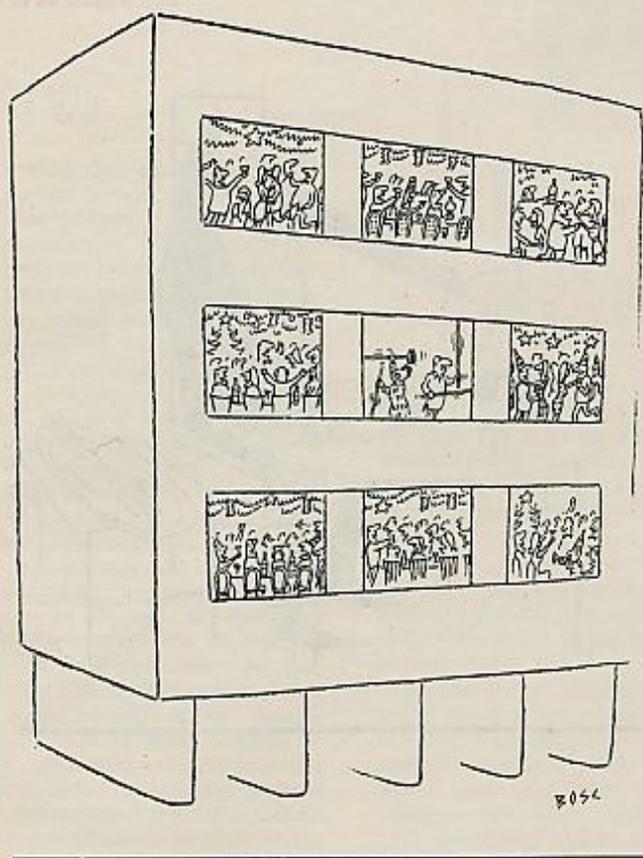


PREFIERO

BOSC



EN el «Mono desnudo», libro del que se han vendido más de tres millones de ejemplares, la idea clave era la de observar al hombre como si se tratase de una especie extraña y describir su comportamiento desde la perspectiva del zólogo. El nuevo libro de Desmond Morris, **El zoo humano**, parte del punto de vista según el cual muchos de los problemas y el extraño modo de comportarse de los habitantes de las ciudades son muy semejantes al de los animales cautivos en los jardines zoológicos. «En condiciones normales —escribe Morris— los animales en estado salvaje no se mutilan, no atacan a su prole, no sufren de úlcera de estómago, no adoran fetiches, no engordan excesivamente, no forman parejas homosexuales ni cometen asesinatos. Todo esto ocurre, inútil recordarlo, entre hombres civilizados. ¿Es ello quizá el signo de una fundamental diferencia entre la especie humana y los demás animales? Así podría parecer a primera vista. Sin embargo, se trata de una falsa impresión. También otros animales se comportan de idéntico modo en circunstancias determinadas cuando se encuentran cautivos. El animal del zoo muestra todas las anomalías que tan a menudo vemos en nuestros semejantes. La ciudad no es, pues, la jungla de asfalto, sino más bien el zoo humano».

Desmond Morris, solo o en colaboración con su mujer, ha escrito una docena de libros de divulgación, pero debe su fama mundial sólo al penúltimo. Pasa la mitad del año en el laboratorio, en Oxford, donde colabora con el más famoso de los etnólogos, Niko Tinbergen. La otra mitad, en Malta, donde posee una casa de campo, fruto de sus ganancias de escritor, y se dedica a contar sus experiencias científicas con fácil pluma.

Naturalmente, muchos de sus colegas zólogos y antropólogos apenas le consideran. Quizá por el éxito conseguido. En una reciente entrevista, Morris declaraba: «Sé perfectamente que algunos consideran al "divulgador" como algo reprochable, casi sucio, lo cual me parece absurdo. Creo que ello se debe a que muchos científicos, estudiosos y profesoras de universidad, consideran la divulgación como una ocupación más bien vulgar. Y tratan de sacar el máximo partido de ambos tipos de actividad escribiendo libros para el gran público, con los que poder demostrar sus méritos académicos y su brillante ingenio. Por desgracia, sus productos no son ni carne ni pescado porque no están lo suficientemente documentados para interesar al lector experto, y son libros demasiado técnicos para el lector corriente. Y

por esto nadie los lee. Mi preocupación es la de comunicarme con los demás. No quiero deslumbrar al lector con la ciencia. Creo que mis argumentos son siempre importantes. Yo primero busco una idea clave principal y, en cuanto la encuentro, comienzo a pensar cuál será el mejor modo de presentarla». Desmond Morris ha vuelto a dar en el clavo con su nuevo libro **El zoo humano**.

Después nacieron las ciudades

El hombre primitivo, nuestro progenitor, que aún no había descubierto la agricultura y la consiguiente posibilidad de vivir en lugares fijos, tenía poco tiempo que perder. Se veía obligado a seguir a la presa continuamente o a buscar frutas y hierbas que permitiesen a la tribu sobrevivir. La mujer le seguía, tratando de defender a la prole de los continuos riesgos del ambiente adverso. Pero la ciudad nació hace unos diez mil años. Progresivamente, en el curso de los tiempos históricos, los hombres han conseguido independizarse cada vez más del ambiente, y con esta emancipación se han verificado muchos fenómenos sin precedentes. De la tribu se ha pasado a la supertribu, del dominio de unas pocas personas a un dominio que puede extenderse a centenares de millares de individuos, del sexo al supersexo y, sobre todo, de la ocupación continua al tedio.

Morris es, a fin de cuentas, un zólogo, y como tal siente la necesidad de clasificar los extraños comportamientos del hombre encerrado en sus eficacísimas cárceles de cemento y vidrio. Junto al «sexo para la procreación», que no exige ulteriores explicaciones, está el «sexo para formar pareja», en cuanto el hombre es sustancialmente un animal que siente la necesidad de convivir con un compañero. La función relacionada con la formación de la pareja es tan importante para nuestra especie que en ninguna otra circunstancia suele alcanzar una tan elevada intensidad. Y es precisamente esa función la que tantas inquietudes produce cuando se encuentra con las diversas aplicaciones que no sean la reproductora.

Tenemos luego el «sexo fisiológico», destinado a satisfacer la exigencia que se siente con mayor o menor frecuencia en el curso de la vida y que encuentra a menudo desahogo bajo las diferentes formas de amor solitario. Pero no hay que olvidar el «sexo exploratorio»: nuestra especie se caracteriza por la curiosidad y la inventiva, y por